

Razonemos juntos

“Ven ahora, dice Jehová, y razonemos juntos: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como lana blanca.”
Isaías 1:18

UNA DE LAS capacidades del organismo humano que es única en comparación con otras formas de vida ya sean plantas o animales, es la capacidad de razonar. El diccionario Merriam-Webster la define como: “la facultad de comprender, inferir o pensar, especialmente en formas racionales ordenadas... el ejercicio apropiado de la mente... la suma de las potencias intelectuales.” Nuestro texto de apertura sugiere que ésta es una cualidad implantada en el hombre por su Creador, pues nos exhorta a razonar con él.

Alguien podría legítimamente preguntar cómo podemos razonar juntos con Dios, un ser a quien ninguno de nosotros puede ver o escuchar físicamente, y mucho menos comprender a cabalidad. Razonar con el Todopoderoso, y hacerlo según sus planes, propósitos y atributos de carácter, requiere que sepamos algo de él. En cierto sentido podemos obtener una comprensión de Dios mirando a nuestro alrededor la inmensa belleza de los cielos y las maravillas de la naturaleza que

observamos a diario en la tierra (Sal. 19:1,2). Al hacerlo, aprendemos a apreciar que hay ciertas leyes que gobiernan estas maravillosas creaciones. El reino natural señala el poder y la sabiduría de un ser que está mucho más allá de lo que pudiera concebir la mente humana.

Sin embargo, se requiere más que simplemente conocer el gran poder y la sabiduría de Dios para razonar con él. También debemos apreciar algo de sus planes y propósitos eternos que se relacionan con sus obras creadas así como en las cualidades del carácter que se ponen de manifiesto a consecuencia de este conocimiento. Por ejemplo: si observamos la belleza de la creación que nos rodea y las adscribimos a un Creador todopoderoso y sabio, pero al mismo tiempo creemos que planea destruir la Tierra, nos veríamos obligados a cuestionar si tales planes se basarían en un razonamiento lógico.

Sólo hay una verdadera y armoniosa fuente para aprender acerca de Dios, de sus planes, propósitos y carácter. Es su Palabra, la Biblia. Mediante un estudio cuidadoso y diligente de las Escrituras podemos entender cómo razona Dios: lógica, ordenada y pensativamente. Basándonos en esto—un entendimiento de su Palabra—entonces estaremos capacitados para tener una base adecuada para llegar y “razonar juntos” con él.

NINGUNO JUSTO

La condición actual del hombre está armoniosamente descrita tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.” “No hay justo, ni aun uno.” (Salmo 14:1-

3; 53:1-3; Romanos 3:10-12). Como afirman claramente estas declaraciones, la tendencia del pensamiento de la humanidad hoy está lejos del punto de vista bíblico. Muchos teorizan que la conducta humana está bien o mal sólo si se compara con una norma establecida. Para acentuar aún más esta desviación de la Palabra de Dios, se afirma adicionalmente que cada persona tiene tanto derecho a establecer un estándar como otra y que nadie debe estar “lleno de remordimientos” simplemente por la falta de conformidad a un estándar previo aceptado de comportamiento. Esta es una forma de anarquía moral, un estado de sociedad en el que cada individuo hace lo que le place. En otras palabras, este punto de vista significa que no existe el pecado en el sentido bíblico del término.

Este punto de vista, además de no estar en armonía con las Escrituras, carece de razonamiento sólido. Por ejemplo, un hombre que se entrega a la bebida y se despierta a la mañana siguiente con un dolor de cabeza insoportable, puede no haber cometido “pecado”, según considera el asunto en su mente. La reacción de su cuerpo, sin embargo, no está de acuerdo. Le grita, por decirlo así, que ha violado una ley por la cual el organismo se mantiene funcionando de manera ordenada y saludable. El modernista puede llamarlo ley de la naturaleza, pero no debería olvidar que alguien estableció esa ley. Lo sepa o no se da cuenta de que su cabeza y su estómago se duelen cuando viola esa ley.

Algunos pueden tratar de convencerse de que el comportamiento humano sólo es relativo y que no existe un pecado real. Sin embargo, muy pocos se aventurarían a afirmar que torturar a seres humanos en prisiones o en

campos de concentración está bien. Rara vez se cree que matar a millones de hombres, mujeres y niños inocentes, tal y como se hace en la guerra moderna, es una virtud moral. No sería difícil citar muchos más ejemplos similares de conducta inhumana que la gran mayoría de personas reconocería como equivocados.

No deberíamos pensar, sin embargo, que sólo los actos extremos, como la tortura y el asesinato, constituyen pecado. En un sentido amplio toda conducta que contribuye a la infelicidad de las víctimas inocentes está mal. Uno de los mandamientos de Dios declara: “No codiciarás...” (Éxodo 20:17) Codiciar aquello que le pertenece a otro hasta el punto de esforzarse por medios deshonorables para arrebatárselo está mal. No es correcto a los ojos de la gente decente y razonable y está mal porque es una violación de la ley de Dios. ¡Es pecado!

RECONOCIMIENTO LIMITADO DEL HOMBRE DEL PECADO

La razón por la cual estas violaciones más flagrantes de las leyes de la decencia se reconocen como erróneas, incluso según los estándares humanos imperfectos (y declarada pecado por Dios), es que el hombre fue creado por Dios. (Gén. 1:26-27) En la medida en que el hombre conserva algo de esa imagen, razona con el mismo fin. Menos autosuficiencia y más reverencia por la autoridad divina ayudarían sin duda a la humanidad a ver la posibilidad de que la violación de las leyes mencionadas en la Biblia está mal.

El apóstol Pablo escribió que la muerte pasó a todos “por cuanto todos pecaron (Rom 5:12). El curso descendente del pecado comenzó con Adán. Fue la

simple violación de una ley del Creador lo que constituyó el pecado original del hombre. El relato no proporciona todos los detalles involucrados, pero sabemos que Adán violó voluntariamente una ley bajo la cual fue puesto por Dios y cosechó la pena por el pecado: la muerte. —Gén. 2:16-17; 3:17-19; 5:5

A medida que rastreamos la historia del hombre desde Adán la maldad de la humanidad se hace cada vez más evidente. El egoísmo es la palabra que parece resumir mejor las intenciones que conducen a pecados de todo tipo. A menudo hemos escuchado la expresión de que “perro come el mundo del perro”. De hecho, esa política ha sido la base de prácticamente todo el comportamiento humano desde el comienzo del mundo. Este malvado motivo se ha manifestado en toda la forma de injusticia, práctica desleal, soborno, asesinato y guerra.

Todo esto debe reconocerse claramente como pecado y, por tanto, confirmar la verdad de las Escrituras al declarar que “todo pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.” (Rom. 3:23) No todos han sido planificadores y perpetradores voluntariosos del pecado, sino del vórtice del egoísmo que mueve un mundo moribundo a lo largo de una forma de maldad a otra. Nadie escapa totalmente. Es por eso que el Apóstol explica que todos se han convertido en pecadores porque Adán pecó. Hemos sido formados en maldad y concebidos en pecado, declara el profeta. —Sal. 51:5

CASTIGO POR PECADO

Otro principio reconocido de derecho es que quienes violen las leyes establecidas deben ser

castigados. En este también vemos evidencia de la imagen de Dios dirigiendo el proceso de razonamiento humano. Este principio es de origen divino y podemos razonar juntos sobre él. El Creador fue el primero en declarar que hay una pena asociada a la mala acción. Esto se manifiesta en las leyes de la naturaleza, cuando éstas se violan, inevitablemente se producen resultados calamitosos.

Adán y Eva podían haber muerto por violar una ley de Dios, incluso si no se les hubiera advertido de antemano. Sin embargo, como Dios justo que es, les dijo que no participaran de cierto árbol de en medio del jardín advirtiéndoles de que al hacerlo morirían. Este hecho les hizo darse cuenta, y también debería enseñarnoslo a nosotros, de que no pueden despreciarse con impunidad las leyes de Dios, y que hay una pena por el pecado, cuyo fin último es la muerte. Desde los días de Edén el hombre es pecador y el castigo por el pecado ha ido cayendo sobre cada generación desde que ha comenzado su breve vida imperfecta. De la cuna a la tumba cada ser humano ha vivido y caminado “en valle de sombra de muerte”, sabiendo que no habrá indulto ni escape de ese seguro destino. —Sal. 23:4

La sombría realidad de un mundo agonizante ha sido suficiente trágica en sí misma. Sin embargo, para molestar más a la gente todavía se han inventado visiones teóricas de un abismo terrible de tortura literal donde, se afirma, innumerables personas se encontrarían después de morir. ¡Cómo agradecemos a Dios de que este pensamiento del hombre no sea cierto! Las Escrituras declaran toda la verdad sobre el tema al

declarar simplemente que “la paga del pecado es muerte.” —Rom. 6:23

En lugar de insinuar que la “paga” más severa es la muerte como castigo por el pecado, se nos proporciona una vía de escape, incluso de esta pena. En el mismo versículo, tras afirmar que la muerte es la “paga del pecado”, afirma que “la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” Las Escrituras también dicen: “Como en Adán todos mueren,” todos los que vienen a Cristo “serán vivificados.” (1 Cor. 15:22). Si preguntamos cómo podrá ser, la Biblia responde que “Cristo murió por nuestros pecados.” —1 Cor. 15:3

RAZONAMIENTO ADICIONAL

Está bien que en este punto aceptemos la invitación de Dios a “razonar juntos” como afirma nuestro texto de apertura. Ya hemos reconocido que el castigo de los malhechores es justo y hemos llegado a la conclusión de que el Creador tiene derecho de exigir obediencia a sus leyes y castigar a los desobedientes. Sin embargo, la pena divina por el pecado es la muerte. Cuando el hombre paga la pena es incapaz de hacer más. Tras la condena de un delito, un hombre puede pagar una multa de cien dólares y quedar luego libre. Sin embargo, cuando se paga la multa de la muerte no puede haber libertad, porque la muerte toma todo lo que tiene el hombre, incluso la vida misma.

Aquí es donde el amor de Dios entra en su designio para garantizar que el propósito original de la creación del hombre no fue en vano. El destino final planeado para las personas no se verá frustrado ni anulado, ni siquiera por el pecado del hombre. Aquí de

nuevo se nos invita a razonar con él. Era justo y correcto que Dios infligiera la pena de muerte a una raza desobediente. La justicia de Dios, sin embargo, mejora nuestra apreciación de su misericordia al darnos cuenta de que es él quien “de tal manera amó... al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” —Juan 3:16

LA LEY DEL SACRIFICIO

En un lenguaje llano la Biblia dice que Jesús, a quien Dios envió para redimir al mundo, murió por el pueblo (Juan 1:29; Gal 1:4; Heb. 2:17). El pensamiento moderno podría llevarnos a creer que morir una persona por otra es repulsivo, y que tal se origina en supersticiones antiguas en demandas de deidades paganas, o de lo que se conoce ofensivamente como “dios tribal” del antiguo Israel. No nos engañemos con este falso razonamiento. Tal pensamiento ignora, y tal vez nos gustaría olvidarlo, que la forma superior de nobleza y valentía es morir por salvar a otros.

Aplaudimos esa valentía dondequiera que la veamos. A los soldados que mueren por su país se les considera héroes; a quienes sacrifican su vida de alguna manera para que otros puedan disfrutar de la suya más abundantemente se les considera grandes benefactores de la humanidad. En esto vemos otro reflejo de la imagen de Dios con la cual se nos donó. Cuando valoramos apropiadamente la virtud del sacrificio simplemente estamos reflejando la semejanza del carácter de Dios en nuestros pensamientos y puntos de vista. Honramos naturalmente el sacrificio y lo etiquetamos de heroísmo porque Dios es el autor de este

valioso principio. Al reconocerlo así, se ve el plan bíblico de redención por el pecado por medio del sacrificio hermoso y comprensible, así como justo y amoroso.

ILUSTRACIÓN TEMPRANA

El registro más temprano de sacrificio es la narración del Génesis con respecto a las ofrendas traídas al Señor por Caín y Abel. Sin entender lo que estaba involucrado uno podría preguntarse por qué Dios aceptó la de Abel y rechazó la de Caín. Sin embargo, Dios tenía una razón para ello. Cuando condenó a muerte a nuestros padres a muerte dijo que la “simiente”, o descendencia, de la mujer heriría la cabeza de la serpiente (Gén. 3:14,15). A la luz de las posteriores revelaciones del plan de Dios para la restauración humana, se ve que esta vaga declaración promete que la pena por el pecado sería remitida.

Dios también revela más adelante que no puede haber remisión del pecado sin el sacrificio de la vida, simbolizada por el derramamiento de sangre (Lev. 17:11, Heb. 9:22). Al aceptar el sacrificio en carne y sangre de Abel estaba señalando al punto futuro en el que, con el sacrificio de un “cordero sin defecto”, que él proveería, se le permitiría al hombre regresar a su herencia perdida (1 Ped. 1:18,19). Así, como dice nuestro texto de apertura, aunque los pecados del hombre fuesen como la grana vendrán a ser como lana blanca.

ABRAHÁN OFRECE A ISAAC

De nuevo llama nuestra atención este pensamiento de sacrificio en los tratos de Dios con

Abrahán. Dios hizo la promesa a Abrahán de que a través de su simiente serían bendecidas “todas las familias de la tierra.” (Gén. 12:3; 22:18). Muchas de las familias de la tierra ya estaban muertas cuando se hizo esta promesa. Y muchos millones han muerto desde entonces. Para bendecirlos, pues, es necesario que sean restaurados a la vida. Habiendo muerto porque eran pecadores, la promesa de su restauración implica que sus pecados deben ser remitidos. En relación con esta promesa, Dios de nuevo ilustra la promesa del sacrificio de su Hijo para remisión de los pecados.

Esta ilustración se dio de una manera única. Se le pidió a Abrahán que ofreciera a su hijo Isaac en sacrificio. Con gran fe en la sabiduría de Dios al pedirle esto y también en el poder y en la voluntad de Dios para resucitar a Isaac de entre los muertos, Abrahán procedió a obedecer el mandato divino. De acuerdo con el plan de sacrificio, Isaac se extendió sobre el altar para ser degollado cuando intervino un ángel de Dios y proporcionó un cordero como sustituto. —Gén. 22:1-13; Heb. 11:17-19

Al demostrar Abrahán su voluntad de sacrificar a su hijo Isaac, se proporcionó una hermosa imagen concerniente al plan de Dios. Antes de la intención del Creador de que la recuperación del hombre se realizara a través de la restauración de la vida, un padre amoroso renunciaría voluntariamente a su hijo en sacrificio. De hecho, fue el Padre Celestial, Creador y fuente de toda vida, el que dio a su Hijo unigénito para lograr la liberación del hombre de la condenación adámica.

LIBERACIÓN DE ISRAEL

Siglos más tarde los descendientes de Abrahán eran esclavos en Egipto, y por medio de Moisés Dios los liberó milagrosamente. Esto también señalaba a una liberación aún mayor—una liberación de la esclavitud del pecado y de la muerte—y nos recuerda de nuevo que esta liberación será posible gracias a un sacrificio. Es el sacrificio del “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” y, como confirmó Pablo, “nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.” —Juan 1:29; 1 Cor. 5:7

A lo largo del Antiguo Testamento muchas veces se repite la promesa de un Mesías y un Libertador. Los israelitas esperaban con ansias a este Rey prometido, a este Gobernante que tendría autoridad sobre todas las naciones y dispensaría a todas las personas las bendiciones de paz y vida que Dios había prometido. Jesús vino en cumplimiento de estas promesas, pero las expectativas de los judíos no se realizaron de inmediato. No habían podido notar las condiciones sobre las que su Rey largamente prometido sería exaltado, es decir, la exigencia de sacrificio.

JESÚS VINO A OFRECERSE EN SACRIFICIO

Jesús vino para ser Rey de Reyes, pero primero debía ser el “Cordero de Dios”, que se ofrecería en sacrificio para quitar el pecado del mundo. La única forma de bendecir a los muertos es devolverlos a la vida. La raza está muriendo a causa del pecado, la muerte es el salario de la iniquidad. Si el hombre ha de ser restaurado el salario debe pagarlo otro, por alguien que no esté bajo la misma condena. En el plan de Dios Jesús fue quien

murió, en primer lugar por Adán y, por medio de él, por toda la raza humana—su posteridad. Él dio su vida para que nosotros, sus seguidores y todo el mundo, pudiéramos vivir. —1 Juan 2:1-2; 4:9-10

Así, en el simbolismo de las Escrituras, se nos dice que, aunque nos pueda teñir de escarlata el pecado, podemos ser tan blancos como la nieve por el resultado del sacrificio redentor de Cristo. Esta es una de las maneras en que Dios nos dice que la mala acción de nuestros primeros padres, y el continuo pecado y egoísmo de sus descendientes, no ha frustrado su propósito en la creación del hombre. En la economía divina, el pecado que ha matado la raza ha proporcionado una oportunidad para que se manifieste el amor de Dios a través del sacrificio. Esto hace posible que los culpables sean liberados de la condenación adámica y liberados de la muerte por la resurrección de los muertos.

¡Qué comprensible y práctico es este arreglo al considerarlo a la luz de la razón! Con esto en mente podemos leer el registro de la creación y de la caída del hombre del Génesis de la creación y darnos cuenta de que sólo se le ha privado temporalmente a la raza humana del simbólico “árbol de la vida” que se encuentra en el Edén. (Gén. 2:9) En este arreglo podemos ver una miniatura del diseño del Creador para una tierra de seres humanos perfectos, viviendo felices y en paz para siempre.

VALIOSAS LECCIONES APRENDIDAS

Ha habido un inconmensurable valor en las experiencias de sufrimiento y muerte a través de las

cuales ha pasado la raza. Al despertársele de la muerte y dársele la oportunidad de obedecer la ley de Dios, cada miembro de la familia humana podrá elegir de la manera más inteligente el curso que tomará. De su experiencia pasada será capaz de contrastar las ventajas devengadas de la obediencia con la gran pérdida resultante de la desobediencia.

La razón nos dice que ningún otro plan descrito en la Biblia puede salvar a la raza humana de la destrucción final; y también identifica al Creador como al único que puede llevar a cabo dicho plan, porque su realización exige una resurrección de los muertos. El ejercicio del poder necesario para resucitar a los muertos no es obstáculo para Dios; de hecho Él ha imbuido a su hijo glorificado, Cristo Jesús, con ese mismo poder. — Mat. 28:18; Juan 5:25-27

Así, cuando leemos las Escrituras, nos damos cuenta de que aquel que causó la grabación de las maravillosas promesas contenidas en ellas es perfectamente capaz de cumplirlas. De hecho, las cumplirá a su debido tiempo. Podemos estar seguros, por tanto, de que el destino del hombre de vivir en paz, en salud y en seguridad para siempre en la tierra se debe hacer aún un hecho consumado. La Palabra de Dios es segura en este sentido. “Así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo Jehová...” —Isaías 45:18